La traducción externa en mi trabajo diario

AGUSTÍN QUIJANO
Comisión Europea



El aspecto del que quiero hablar es el del producto final: la traducción, en este caso la traducción institucional hecha en el exterior, y cómo se hace.

Está claro que está habiendo una evolución desde unos sistemas centralizados de traducción al recurso cada vez mayor a la traducción externa.

A los efectos que quiero abordar, se trata del resultado de instrucciones que vienen de arriba y a las que tenemos que adaptarnos.

Y de lo que quiero hablar es de esta adaptación.

Como funcionario que hoy trabaja con la traducción externa, mi cometido es intentar conseguir un buen producto para mi patrón con los menores medios posibles.

Y si la mayor satisfacción, o calidad, la encuentro en una pequeña o en una gran agencia de traducción o en un traductor independiente, tengo la obligación de recurrir al medio más conveniente, siguiendo siempre, claro está, las instrucciones que se me hayan dado.

Llevo trabajando con traductores externos, con listas de contratistas autorizados y con un orden de clasificación, desde hace unos tres años.

Me he organizado para servir de puente entre la casa y el exterior. Considero que debo facilitar el trabajo, por lo que intento que se me consulten las dudas, llevo un glosario vivo de términos que van apareciendo y que envío regularmente, etcétera. Y además soy egoísta: cuanto mejor esté el producto que me llegue, menos trabajo me dará.

A mí me encanta realizar un buen trabajo en el menor tiempo posible, por lo que me gustaría olvidarme o poder dedicar mucho menos tiempo a los textos traducidos que recibo, porque podría hacer otras cosas, pero no puedo.

Y no puedo por dos razones:

La primera razón es que somos humanos: si alguien sabe que su trabajo no va a ser revisado, ¿qué incentivo va a tener para trabajar cuidadosamente?

La segunda razón es que no puedo cuidar del buen uso del dinero de la Comisión —que al final es el dinero del contribuyente europeo— si no controlo la calidad del producto entregado.

Hasta ahora he venido trabajando más con traductores independientes, solos o en pequeños grupos, que con agencias.

¿Por qué? Porque las agencias son más cómodas por su gran capacidad de absorción. Y me mandan traducciones muy bien hechas muchas veces, pero no todas. Y yo tengo la mala costumbre de leerlas todas.

Los «pequeños» traductores me dan más trabajo: hablo más con ellos, me preguntan más cosas, les pregunto más cosas —entre otras razones, porque nos conocemos—, ...y me envían traducciones más fiables.

No comparto la opinión de que en la situación actual las grandes agencias puedan hacerse cargo ellas solas de la traducción institucional.

No voy a entrar en comparaciones con los procedimientos de trabajo de grandes empresas que encargan grandes traducciones a grandes agencias, con vocabularios normalizados e intocables, redacciones normalizadas de originales y tratamiento final del producto recibido por el propio cliente.

Pero para establecer un paralelismo con la externalización que hacen las grandes empresas industriales, no hay que olvidar todo el trabajo de preparación y de seguimiento que ellas realizan. Y que a continuación, sean piezas de motocicletas o suelas de zapatos lo que hayan externalizado, ejercen un riguroso control sobre las tolerancias, las dimensiones; verifican siempre la calidad, generalmente por muestreo. Y una agencia de traducción es en realidad un conjunto de traductores, donde cada uno manda un producto diferente.

Estoy convencido de que la colaboración de los traductores externos, en cualquiera de sus formas, es ya —y lo va a ser aún más— fundamental en nuestro trabajo.

Por eso estoy aquí, para intercambiar ideas y aprender cosas nuevas. Y estoy seguro de que en este foro voy a aprender mucho.

Antes de terminar quiero tocar un aspecto al que soy sensible porque he sido traductor independiente y tuve también una agencia de traducción. Es una cuestión sobre la que, además, tengo mucho interés en recibir opiniones: se trata de la retribución del traductor que traduce —del «negro» de la literatura—.

Porque con las retribuciones que perciben los traductores asalariados y colaboradores de agencias en algunos países, me temo que pretender conseguir buenos trabajos, de forma continuada, es muy difícil.

¿Qué me gustaría? Me gustaría colaborar con unos traductores tan bien pagados como yo —o mejor pagados que yo, porque corren más riesgos—, cada uno en su sitio ejerciendo una función diferente: yo, traductor interno, facilito el trabajo, contesto a preguntas y dudas y lo controlo; y el traductor externo o la agencia lo realiza.